

Los símbolos

Secretaría de la Mujer
FECC.OO.

Si de literatura infantil hablamos no podemos dejar de referirnos a los modelos sociales que desde ella se transmiten, a los comportamientos, características psicológicas y funciones sociales de las personas que en los cuentos infantiles se establecen. En esta ocasión queremos detenernos en las ilustraciones, elemento clave en la literatura dirigida a los niños y niñas de las edades más tempranas, imágenes que, aún hoy, son estereotipadas y marcan claramente papeles sociales y características personales bien diferenciadas según los sexos, bien porque los clásicos cuentos de Grimm, Andersen... siguen siendo la biblioteca básica de muchos niños y niñas, bien porque no hay demasiada modernización en la literatura infantil que se edita en la actualidad.

Reproducimos a continuación el capítulo «Los símbolos» del libro *Los cuentos siguen contando. Algunas reflexiones sobre los estereotipos*, de Adela Turín, editado por Horas y Horas, en la colección Cuadernos Inacabados. Nos parece una reflexión interesante para, sin olvidarnos de la principal función de la literatura como placer, utilizarla más provechosamente aún haciendo que nos ayude a cambiar las mentalidades y a conseguir personas libres, sin las ataduras de los prejuicios sociales sexistas.

Esta investigación, realizada simultáneamente en Francia y en España, está referida a los libros ilustrados destinados a niños de edad pre-escolar, considerando con particular atención las imágenes. En efecto, las ilustraciones transmiten un mensaje paralelo al del texto, sirviéndose de un léxico simbólico del que se podrían encontrar las raíces lejanas en la imaginería popular y que describe una sociedad patriarcal tradicional, sobre todo rural.

No sabiendo aún leer, el niño pequeño interroga interminablemente las ilustraciones de los libros y aprende muy pronto a descifrarlas. Observándolas con la misma atención es posible catalogar el aparato simbólico del que se sirven los libros para instruir a los niños acerca de los papeles sexuales en la familia y en la sociedad y acerca de las características psicológicas (que se le presentan como innatas y naturales) de los hombres y de las mujeres, de los niños y de las niñas.

Algunos de los símbolos más frecuentes

El delantal es el símbolo principal del papel femenino por excelencia: la limpieza de la casa, el cuidado de los niños.

En las escenas de calle, el delantal está sustituido por la cesta o por el carro de la compra, la sillita y el cochecito del niño.

Cubos metálicos, escobones anticuados, escobas de esparto, bayetas chorreantes, aparecen a menudo en las imágenes para obligar a las madres a trabajar en condiciones penosas y humillantes, y para hablarnos del carácter inmutable de las tareas caseras, de su fatalidad, de su perennidad, para decirnos que la tecnología no es asunto de mujer.

La imagen de una mujer a cuatro patas, un mechón sobre los ojos y un cubo metálico a su lado, ocupándose en frotar el suelo con un cepillo, es un tópico de los libros infantiles.

Las gafas simbolizan la inteligencia, la instrucción. Sirven, cuando una niña las lleva, para advertirnos de que es muy lista; pero sirven también, puesto que está entendido que con ellas la niña queda afeada, para establecer la tradicional incompatibilidad, en la mujer, entre belleza e inteligencia.

La antipática *primera* de la clase fanática del trabajo escolar, la directora de escuela agria y detestable, la solterona desabrida, llevan gafas. La madre las lleva muy raramente.

Los periódicos son la información, la modernidad, la participación en la vida de la colectividad: el padre y el abuelo los leen, así como los hombres en la calle y en los transportes públicos. Del mismo modo, los cuentos de hadas, los libros –que el pequeño formato y la cubierta rosa permiten a menudo identificar con las novelas sentimentales y fútiles– son símbolo de falta de interés por lo real, de evasión en el imaginario y, al límite, de irresponsabilidad social. Los unos y los otros están reservados a las mujeres y a las niñas.

La cartera, que simboliza la profesión intelectual o de ejecutivo, es un atributo exclusivamente masculino y sobre todo paterno: en vano se buscará en los libros ilustrados una mujer, y aún menos una madre, que los posea.

A pesar de la pobreza de los modelos femeninos propuestos por los libros infantiles, se reconocen entre ellos los dos polos tradicionales de la imagen de la mujer, la santa y la puta, en una versión adaptada a los más pequeños.

Frente a la madre sacrificada, fatigada y virtuosa, otra mujer es a menudo poco discreta en sus comportamientos o su carácter. Se trata de la antipática dama elegante inútil, explotadora, irresponsable, frívola, vanidosa. Vestida de forma ridícula, demasiado delgada porque es adicta a regímenes y gimnasia, consumidora neurótica, la dama elegante derrocha en vestidos y cosmética el dinero ganado por su marido, en lugar de ocuparse de su casa. A menudo, un *sombrero excéntrico* con flores, plumas o pájaros, nos informa de su rareza e incluso de su locura; paquetes y bolsos firmados por boutiques de lujo, nos hablan de su frivolidad y su parasitismo.

En la niña, *cintas, lazos, chirimboles en forma de florecita o mariposa* y otras cursiladas son el símbolo de la coquetería necia, de la feminidad atolondrada, de la tontería.

Si la madre-ama de casa es el modelo positivo omnipresente, los libros proponen a la antipatía de los niños algunas mujeres transgresoras. Ante todo la mujer de poder, directora de escuela dictatorial, reina despótica o vecina autoritaria, objeto de odio y de sarcasmo.

La mujer sin casar no puede ser, en los libros para niños, más que la clásica solterona, dejada por imposible a causa de un físico o de un carácter que los hombres rehuyen. Huesuda, mal arreglada, con un sombrero ridículo, zapatos demasiado grandes y gafas, la solterona es la víctima de ilustradores e ilustradoras, que se lo pasan en grande con ella en cuanto el texto lo permite.

La ventana y la silla

Un símbolo contundente: *la ventana*, habla a los niños de la pasividad de la mujer y de la niña en su papel de espectadoras de la actividad y de la creatividad masculinas.

Como en las novelas del siglo XIX, en los libros para niños se cuentan a miles las mujeres (y las niñas) en la ventana.

Princesas prisioneras en la torre del castillo, jóvenes que esperan el gran amor, niñas taciturnas, madres pensativas y melancólicas, contemplan la actividad de fuera sin abandonar su espacio propio, el interior de la casa.

Mujeres y niñas aprecian y alientan la construcción del mundo por los hombres en las obras, los campos y la calle, ven pasar la vida sin participar en ella... La ventana las retiene y las protege, las informa y las excluye.

La ventana nos habla también de romanticismo y de ensueño: la huida de las mujeres y de las niñas en el imaginario es uno de los tópicos de la literatura infantil.

El mensaje de la ventana es insistente: la mujer pertenece al interior y a la afectividad, su relación con el mundo real está filtrada por una pantalla que la aísla. La ventana es su mirada, una mirada que, a menudo, está empañada por la lluvia.

El léxico simbólico de los libros ilustrados se ha despojado, en los últimos años, de algunas imágenes que, inevitables en los manuales escolares del siglo XIX, eran aún frecuentes hace una quincena de años.

Entre los símbolos ligados a la niña que aparecen cada vez más raramente hay uno muy explícito: *la sillita*.

La imagen de una niña sentada en un banquito o en una minúscula silla de cocina de madera blanca, robusta y modesta (a menudo con un corazón taladrado en el respaldo), era aún muy común en los libros ilustrados de los años 70 y 80. Inmóvil, en calma, y soñadora, la niña jugaba a juegos tranquilos (con los botones, con la muñeca, con las pompas de jabón...) o bien hacía pequeños trabajos domésticos (pelar guisantes, ayudar a su madre a madejar un ovillo de lana...).

La niña-sillita nos habla de pasividad, de encierro en el interior de la casa, de paciencia, de espera, de docilidad. Su desaparición casi completa es una de las buenas noticias de los años 90: actualmente se la encuentra sobre todo en los cuentos clásicos y en las historias tradicionales en las que las niñas hilan el cáñamo en una sombría cocina junto a su muy anciana abuela.

El gato y el perro

También la asociación de la niña y el gato se hace cada vez menos frecuente.

Ligado al hogar y al interior de la casa, a las brujas y al diablo, el gato es portador de un rico bagaje de símbolos femeninos: dulzura, gracia y belleza pero también excesiva independencia, egoísmo, pereza, traición.

Hasta muy recientemente el gato era obligatoriamente el compañero de la mujer y de la niña mientras que el *perro*, animal de *fuera*, símbolo de lealtad, de fidelidad, de resistencia, de coraje y de inteligencia, acompañaba al chico y al hombre adulto.

Otros símbolos que aparecían ligados a las niñas, que estaban todavía muy presentes en los años 80, como *las lágrimas silenciosas* y *las flores*, han desaparecido de los libros actuales. Pero aunque las niñas hayan dejado de llorar lágrimas de mujer con los ojos grandes abiertos, no por eso se les ve muy alegres. Los llantos, que evocan frustración, soledad, fragilidad, sensibilidad extrema (en suma, feminidad) se han transformado en ensoñaciones sombrías detrás de la ventana, en colores terrosos: símbolos más sutiles pero igualmente eficaces.

También las flores que el texto no justifica desaparecen: los libros ya no dicen insistentemente a los chicos que la niña es una flor pura e inocente, graciosa y frágil, que su belleza es efímera y su papel decorativo.